

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EN CRISALIDA

EL FUTURO

«NOS imaginamos el porvenir como un reflejo del presente, proyectado sobre un espacio vacío, cuando resulta en realidad de muchas causas próximas que ignoramos o que se nos escapan». Así escribía el novelista de la intimidad psicológica más leído del siglo. Su juicio en parte es válido para la predicción de futurólogos y prospectivistas en el terreno político, económico y social. El mañana es incierto, cambiante, y la historia no está escrita como la naturaleza «in lingua matemática». Los factores irracionales influyen, con el azar, en el desarrollo de los acontecimientos. Suponer que el futuro es una simple continuación del presente expresada en una sencilla serie creciente, paralela al curso numérico de los años, es una simplificación utópica. Las «causas próximas» a que se refería el escritor permanecen muchas veces ocultas, como latentes, en situación de larva o crisálida de la que, saldrán luego las mariposas voladoras.

En cada momento hay un mañana que se está gestando en forma y lugar insospechados. Cuando un oscuro y hambriento vagabundo con aficiones y sueños artísticos deambulaba, por las calles de Viena en los años 20 y se retiraba al anochecer a un mísero refugio de hombres sin trabajo, tal y como nos lo cuenta la dramática biografía de Hitler, de Fuchs, un inmenso reguero de conmociones y catástrofes se estaba incubando ya a través del espíritu de aquel solitario que iba a torcer el curso de la historia del mundo unas décadas más tarde. ¿Quién hubiera predicho que el porvenir, que el nacional-socialismo arrogante y victorioso de 1934, iba a traer para Europa, sería en vez del pronosticado milenio racista y conservador germano, un continente dividido entre Rusia y Norteamérica convertidas en super-potencias nucleares cuyo condominio se extendería a las cinco partes del globo? ¿Quién hubiera osado predecir entonces, cuando millones de judíos eran bárbaramente inmolados en los campos de exterminio, la existencia del Estado de Israel, con su potente ejército y la influencia de los hombres de su credo y raza en la trayectoria exterior norteamericana y en la de los pueblos de Occidente? ¿Qué adicio hubiera anunciado la actual paridad militar soviética con Estados Unidos en los años tonantes y amenazadores de John Foster Dulles y su dialéctica de la «represalia masiva»? ¿Qué futurólogo en su sano juicio habría adelantado en 1945 en Francia, el nombre del general de Gaulle como artífice de la desco-

lonización y liquidación definitiva del Imperio francófono? El mañana de los hombres y de los pueblos no es pronosticable con exactitud y aun el exuberante Kalar con su notable impedimento estadística y extrapolada se vio sorprendido por la reciente crisis del petróleo y sus implacables consecuencias para el desarrollo ulterior de la economía superindustrializada de Occidente.

—000—

¿No estaremos, también, proyectando hacia el vacío espacio del porvenir el estricto reflejo del presente español como si de una linterna mágica se tratara? Hablamos con frecuencia de entidades, circunstancias y personas del hoy, sin percatarnos de que el mañana, encierra seguramente un inmenso cúmulo de elementos nuevos. No es sólo la mayoría numérica juvenil del país, con su desenfadada independencia, sino el caudal de la transigración rural hacia las ciudades o hacia los mercados laborales del continente y el desarrollo industrial y técnico o la masificación de la enseñanza y el clima consumista y la permeable condición de los extractos sociales hacia las ideas, los usos y las costumbres que predominan en el resto de Europa y la universal repercusión de los acontecimientos internacionales, los que modifican el contexto nacional. No sé, ni actualmente creo que lo sepa nadie —dada la prácticamente nula existencia de sondeos auténticos de opinión— lo que esa suma de factores heterogéneos, pero coincidentes, daría como resultado.

No sé si al final de esa ecuación la incógnita despejada será de izquierdas o de derechas. Lo que sí sé es que será distinta, sustancialmente diferente, del esquema actual. Cuando en política no se ve claro, hay una exigencia obligada para la eficacia de la acción, que se llama flexibilidad. El general de Gaulle gustaba de explicar que la estrategia militar flexible era consustancial con los tiempos de gran mutación. Y así, en efecto, se llamó «respuesta flexible» en las ideas dominantes del Pentágono a los despliegues y dispositivos ideados, a partir de 1958, cuando los Estados Unidos tuvieron conciencia de que había por parte de su principal adversario, la Unión Soviética, una situación de armamentos ofensivos y defensivos que se aproximaba al equilibrio dinámico.

Mientras escribo estas líneas tengo sobre mi mesa dos

ingentes tomos de más de dos mil quinientas páginas en total, que forman el tercer volumen de la «España de los años 70», colección que dirige el joven y vigoroso político Manuel Fraga. Precisamente a ese futuro ignoto que lleva en su seno la España cambiante dedica su notable esfuerzo el cuadro de redactores de la inmensa obra. Asomarse a ese período desconocido con el mayor número de datos reales y acopio de información veraz es empeño al que ningún hombre político español de cualquier filiación u origen puede y debe ser ajeno. Nuestro conocimiento interno de la sociedad española es generalmente escaso y poco veraz. Hubo momentos y etapas no demasiado lejanas en que las noticias desfavorables al sistema que procedían de la opinión o de la sociedad eran censuradas y prohibidas, lo que equivaldría a suprimir en un centro sanitario las curvas de temperatura de los enfermos superiores a 37 grados para autosatisfacción de las autoridades sanitarias. Parece felizmente superada esa poco recomendable época, en la que saber lo que pensaba y quería el país era empeño arriesgado y casi delictivo para los apologistas del sesteo, casi siempre apoyados en las almohadas del privilegio arbitrario.

Ahora si nos interesa averiguar cuál es el rumbo que predomina en nuestra fragmentada e incipiente opinión pública, como también el inquirir con seria dedicación la forma en que se elabora y se pierde un «consenso», palabra de extendido manejo y uso quizás abusivo, pero que representa todo un síntoma democrático, auspiciador de tendencias inclinadas a respetar y escuchar los cauces de una voluntad popular abierta y libremente manifestada.

Los antiguos decían que el futuro estaba sentado como un niño en las rodillas de los dioses. La cristiandad medieval lo adivinaba como un camino trazado misteriosamente por el dedo de la Providencia. El hombre de la modernidad se halla convencido de que puede escoger e inventar su porvenir colectivo. Se dice con reiteración entre nosotros que el futuro ha comenzado ya. Pienso que esta proposición es tan sólo una verdad a medias. Y que la aceleración histórica de nuestro tiempo repercutirá con su ritmo vertiginoso en la elaboración casi repentina —como la cristalización de una solución química saturada— de una buena parte de nuestro porvenir.

José M. DE AREILZA

LOS RESIDUOS

Lecciones de cosas

YA nos lo han pronosticado algunos especialistas: corremos el peligro de quedar sofocados bajo nuestras propias basuras. El fenómeno es general, desde luego, y no hace falta cargarle las culpas al hipotético —o, al menos, problemático— «consumismo». En primer lugar, ocurre que cada día somos más los habitantes de este planeta, con tendencia a aumentar de manera galopante, si Dios y los trucos médico-farmacéuticos no lo remedian: en el supuesto de haberse mantenido inalterada la cantidad de desechos «per cápita», a escala tradicional, la suma última ha de ser igualmente progresiva. Pero resulta que el cupo en cuestión también crece. No al mismo ritmo en todas partes ni en todos los niveles sociales de cada sitio: crece, sin embargo, y en términos absolutos. Cabría afirmar que «a más desarrollo, más basura», entendiéndose por «desarrollo» cualquier tipo de amenidad material en la vida cotidiana de la gente. Los residuos a eliminar por una familia de hoy, por modesta que sea, superan notoriamente en volumen a los que desplazaban los domicilios de sus abuelos: basta pensar en el número y la diversidad de envases que hemos lanzado al final de la jornada. Y, para acabarlo de complicar, tampoco se trata de sobrantes o inmundicias idénticas, en su consistencia física, a los que desprendían nuestros mayores. Ellos tiraban al cubo restos de hortalizas, huesos y raspa ya chupados, suciedad orgánica extraída del barrido, algún pedazo de papel; nosotros, latas, vidrios, plásticos, procelosas riadas de plásticos, y encendedores agotados, y... Hasta coches, inútiles por el uso o por el desgaste...

La alarma es justificada: no cabe la menor duda. Por su volumen y por su entidad, sin precedentes el uno y la otra, la basura actual plantea graves problemas al vecindario y a las Administraciones. La cosa tiene difícil arreglo, al parecer. De momento, lo importante es ir tirando. Porque lo único cierto es que no existe la posibilidad de volver atrás.

En todo caso, la solución habrá de buscarse «hacia adelante»: quiero decir, mediante recursos menos onerosos o desagradables, pero siempre procedidos de la dinámica intrínseca del «desarrollo». Si el plástico es un producto infame en tanto que «escoria», habrá que descubrir «algo» que haga sus veces y no sea tan desatinado: pero que, sobre todo, haga sus veces. Este ejemplo vale por muchos. Lo que cuenta es que, en definitiva, ya no podemos prescindir de las ventajas que el plástico ofrecía: el empaquetado higiénico o barato de numerosos objetos —comestibles, o no—, e incluso muchos objetos a secas. El regreso al envoltorio eventual, al manejo séptico de los alimentos, a las rutinas pringosas o caras, pongo por caso, no gustaría a nadie. El planteamiento, en alguna medida, consiste en que conviene inventar otra especie de basura, más practicable, menos mefítica. Y tan inocente como sea factible. Esperemos que encuentren la fórmula. Podemos confiar en el hallazgo, más pronto o más tarde. Al fin y al cabo, el agobio, sufrido como tal por el hombre de la calle, subalterno y sufragáneo, no deja de repercutir en las altas esferas de los negocios. Para que los negocios continúen, habrán de poner coto al demás: ellos.

Nos engañaríamos si, precipitadamente, sacásemos la conclusión de que todo es un asunto de mera explotación capitalista. No negaré que, en parte, lo sea. Pero hay de por medio factores de otra índole, que sería estúpido desdeñar. Al contrario: constituyen el resorte de fondo. Antes he deslizado un adjetivo de apariencia trivial: «higiénico». Me pregunto si habrá por ahí algún doctrinario tan cómico que se atreva a denunciar a la «higiene» como una modalidad de «alienación», política o social. Es probable que sí, en cuyo caso nos hallaríamos ante la divertida hipótesis de convertir la «suciedad» en «ideología». No discutiré el alcance alucinatorio de la propaganda comercial basada en la «higiene», que va desde el detergente o el desodorante hasta la papilla para el nene o la dietética formal, pa-

sando por el dentífrico y otros alicientes más íntimos. A pesar de eso, de la manipulación de la compra-venta llevada a extremos afligentes, la «higiene» sigue en pie, como concepto razonablemente justo. A nadie le gusta morir antes de hora —antes de «su» hora—, y todo quisque hace lo posible y lo imposible para aplazar esa fatalidad, y, de paso, para reducir el dolor, o la simple incomodidad frente al prójimo. Hagamos un cálculo aproximativo de la basura que nos «cuesta» esa veleid. Son inmensos kilos de «envases» que nos son presentados como garantía de seguridad en el área de la salud. ¿Lo son? Si más no, lo son a medias, y no podemos despreñar ese beneficio. La «poubelle» diaria recoge una horrible porción de detritus que se justifican —digo: justifican— por la ansiedad de vivir que la ciudadanía profesa. De vivir, y sin sufrir mientras se vive...

Y hay más. Sobre la «higiene» se instaura lo demás: la vida como una hipótesis de «pasarla bien». Los envoltorios, de ser meramente «limpios», saltan a ser «bonitos». En las tiendas nos despachan su mercancía con un ligero toque de jovialidad: una bolsa —si que siendo de plástico— adornada; una etiqueta decorativa, unas cajas con relleno a un tiempo eficaz y bonito. No importa lo que uno compre: una lámpara, unos bombones, un transistor, un bloque de mondadientes, unos calczoncillos, unos jugos de frutas. Siempre se interfiere el «adorno», que es muy de agradecer, aunque uno lo pague. Eso proporciona más basura: una montaña increíble de basura. La alternativa sería una propuesta de austeridad. Pero ¿vale la pena? Peor aún: ¿quién toma la iniciativa? No es una iniciativa afable. En apariencia, unos escasos grupos «contestatarios» la han postulado. Sólo «en apariencia». El hippy más ascético no se abstiene de telas pintorescas, de amuletos repujados, del ocio profesional (si cabe decirlo así), que representa una divertida añadidura de basuras sin contrapartida. Cada día hay menos hippies, por lo que sé. Da lo mismo. En definitiva, la capacidad de absorción del tinglado industrial es inmensa.

Los chicos de las motos y las discotecas, de las camisolas publicitarias y las bebidas carbónicas son un caudal de basura tan impresionante como su parentela adulta, o más. Y las criaturas que devoran pipas o mastican chicle no les van a la zaga.

Antaño, ese remanente del metabolismo social era, poco o mucho, «reconvertible». Pasaba a ser estiércol, y revertía a la tierra como abono: de ello derivaba una col, una acelga, un pollo, un pavo, y ya se me entiende. Una de las obsesiones de Aldous Huxley, en su última crispación utópica, fue el auténtico o presunto despilfarro de «energía» que se desvanecía a través de los retretes públicos y privados: orines, heces fecales, vómitos, enjuagues, gargarismos, se pierden en las alcantarillas, cuando, mediante discretos tratamientos químicos, naturalmente industriales, supondrían una gloriosa recuperación de «materia orgánica». La basura derivada de la «civilización del envase» no se presta a tanto. La charra todavía recupera un mínimo —«mínimo-mínimo»: un coche jubilado se convierte en un grumo de metal, olvidando el trabajo y el ingenio que suponían sus piezas mientras corría por las carreteras— de «materia prima». La basura «urbana» corriente ya no admite ni siquiera esta postrera aplicación. La quemar, porque no saben qué hacer con ella. Su humo es, por descontado, pernicioso. Ahí entra el lirismo de la llamada «ecología», que descartando los abusos retóricos, tiene su importancia... Resumiendo: la porquería que la humanidad segrega, y que la humanidad sabía recuperar de un modo u otro, se traduce en perplejidad. Vivir es, humanamente, producir porquería. Y más cosas: divinas comedias, partones, filósofos, sputniks, bisturís, mozarts, stendhales, televisores, pastillas para la tos, campos de concentración, bombas atómicas, tebeos... La basura es el común denominador, y me quedo corto. La pregunta es si por este lado hay esperanza. Cuando uno tira de la cadena del wáter, ¿qué pasa?

Joan FUSTER

ESTUDIOS GEMA, S. L.

ESTUDIOS DE GRABACION AL SERVICIO DE LAS EMPRESAS DISCOGRAFICAS

Saliendo al paso de ciertos rumores, asegurando que nuestra organización había vendido parte de sus acciones a otra empresa, podemos asegurar de una forma taxativa a todos nuestros clientes y amigos que dichos rumores son totalmente falsos y que nuestra Empresa sigue con el mismo Consejo de Administración y los mismos accionistas desde el día en que se fundó.

Barcelona, julio de 1974



ASOMBROSA REBAJA FINAL

Durante todo el mes de agosto
Lo más selecto
y la última moda joven

A PRECIOS JAMAS VISTOS

En Barcelona

La mitad de su valor
Lo liquidamos todo

Liceo de la Elegancia
Avda. Puerta del Angel, 24
Teléfono 231-81-64

FARO